

LA MORA ENCANTADA.

TRADICION POPULAR.

I.

Tímida y pensativa además miraba la encantadora Selima desde las altas y escondidas ventanas del castillo de Daroca las numerosas huestes de su esposo que se presentaban á la liza: los últimos rayos del sol iluminaban apenas la llanura y reverberaban vistosos en los adornos de los coreces, en los cascos y en los damasquinos alfanges de los guerreros. Un movimiento general se advirtió repentinamente en todo el campo, los gefes se vicieron presurosos por doquier comunicar órdenes á sus subordinados, y los instrumentos de guerra indicaron el cercano instante de partir. Selima triste, sin consuelo registraba con vista indagadora todo el llano como si quisiera encontrar á la persona que adoraba. No, no vendrá, exclamó por fin con un acento de desesperación; y una lágrima sola, abrasadora surcó sus pálidas mejillas.

—¡Selima! gritó la voz de un guerrero que se presentó en la estancia, y que la estrechó dulcemente entre sus brazos.

Tomo 2.º

—Esposo!! —¡Qué! has podido dudar de mi fidelidad, de mi amor... y tantos sacrificios.—¡Oh! pero sin verme en tanto tiempo... si supieras...! soy tan infeliz cuando no estoy á tu lado... y... ahora... te vas?

—Sí; por fuerza... lo exige la libertad de mi patria, mi honor, tu vida; tu amor. ¡Qué! podría yo estar tranquilo á tu lado mientras viva ese rey que detesto, ese rey que amaga sofocar la libertad de Aragón, vilmente protegido por los francos... ese rey que te amó.

—Que me ama todavía.

—¡Infame! ¿es cierto? ¿Habrá osado venir á verte cuando yo me ausente de tu presencia? te habrá hablado de amor?

—¡Ahmar! no: no pudo verme; yo lo prohibí espresamente á los esclavos... pero te alejas.

—Pronto volveré victorioso á tus pies; te presentaré su cabeza y sus despojos, y te daré la corona de estos reinos. Guerreros leales y valientes guardan las entradas del castillo, y ninguno podrá acercarse á estas murallas.

—Si la perfidia...

—¡Imposible! y que... si cuando yo lejos de tu lado peleo por ganarte una corona, por defender tu honor, tu vida, si cuando yo tal vez herido por mi rival pronuncio al espirar el nombre de mi amada... si entonces...

—Esposo!

—Si entonces ese vil ganara mis soldados, viniera á tu lado, te

26 de Enero de 1840.

hablara de amor, y pusiera un puñal en tu corazón.... --Moriría.

--¡Tanto amor!

--Sí: moriría.... moriría por verte fiel. --Y otra vez se estrecharon dulcemente, y solo se dejó sentir una respiración violenta, sofocada.

A dios, Selima, exclamó Ahmar, separándose con prontitud de los brazos de su amada; tu amor me puede perder: si Ibnabala une sus tropas á los francos, somos perdidos para siempre: una sorpresa es la única esperanza que nos resta.

--¡Ahmar!

--Escucha: si fuese vencido, si muriese en la pelea....

--¡Qué horror!

--Una cosa te exijo, una sola; júramela por tus ojos, por esos ojos que son los únicos que saben mirar.... júramela, --Te lo juro....

--Cuando una eternidad me separe de tí, llega á mi tumba, ora al profeta por mi felicidad, y vierte una lágrima siquiera, una lágrima de compasión.... de amor.... ¿me lo juras?

--¡Dios mío! ¡Dios mío!

--A Dios y desapareció el guerrero. Selima lo siguió con la vista hasta que las numerosas falanges lo confundieron en la multitud. Palidieron sus mejillas, lanzó un ay de desesperación, y cayó desmayada en el suelo.

La voz del Muecin convocaba á la oración desde el alto minaret á los adoradores del profeta.

II.

Una guerra civil devoraba el infeliz reino de Aragón después de la invasión de los sarracenos. Separados los moros todos de España del imperio de Alcalifa Ulith que los gobernara por cerca de sesenta años nombraron reyes particulares en las provincias. En Aragón existían dos facciones que la una proclamaba por rey á Ibnabala gobernador de Zaragoza, y la otra defendía el gobierno republicano. Ahmar jefe de este partido se había enlazado con Selima, sobrina de Muza á despecho de Ibnabala que también la quería para esposa. Acosado este por todas partes de las tropas republicanas se había acogido á Francia y formado alianza con Carlo-magno que se ofrecía á conquistarle el trono, si consentía á los cristianos establecerse en sus ciudades.

Un ejército formidable de francos pasó el pirineo, ocupó á Huesca, Barbastro y Zaragoza, y se disponía á asediar á Daroca donde estaba el ejército de Ahmar esperando socorros del de Cuenca. Ibnabala había procurado hablar á Selima, que lo despreció abiertamente y por consecuencia solo ansiaba pelear para vengarse. Ahmar, por su parte seguro de que no podía vencer sino con sorpresas, reunió su ejército de repente, dejó poquísimos soldados en la ciudad y se lanzó sobre los francos.

La noche se presentaba tempestuosa, densos y lejanos vapores se levantaban por el horizonte, é impedidos tal vez por el aquilon oscurecían la atmósfera, y ocultaban el disco de la luna que dirigía sus lívidos rayos sobre la tierra al través de los negros nubarrones. Sola y vacilante en medio de la oscuridad, semejante á la lámpara que ilumina un hosario desconocido, se via una luz pálida y debil por una de las ventanas del castillo. Toda la naturaleza en tanto yaciera sumida en un silencio profundo interrumpido por el penetrante "alerta" del centinela, por el siniestro canto de las aves nocturnas, y por el furioso silvido de los vientos.

Selima recostada sobre la ventana de una torre, observaba con la mayor atención el mas pequeño movimiento de la naturaleza: tal vez creyera oír á lo lejos el ruido de los aceros, y tal vez ayes moribundos que se perdían en la tempestad. Las nubes fingían horriboras figuras que se cambiaban por momentos. De repente principió á oírse el ruido de los corceles y el sonido de instrumentos de guerra que parecían acercarse; Selima por un movimiento involuntario se precipita hácia la puerta, pasa el puente levadizo y se encuentra en la llanura. Los instrumentos y las armas habian cesado casi de repente, y todo yacía segunda vez en el mas profundo silencio.

El nombre de Selima se percibió conducido en una ráfaga de

viento, y despues el ruido de un guerrero que se acercaba. ¡Ahmar! ¡Ahmar! exclamó, y se encontró en los brazos de su amado.

--Huyamos, bien mio, gritó éste desasiéndose de los brazos de Selima. Huyamos si no quieres nos asesinea los esclavos del tirano que me persiguen.

--¡Te ha derrotado!

--Yo seré el único que ha salvado la vida de los nuestros, y la he salvado quizá para perderla en tus brazos... huyamos: solo en los dominios del de Cuenca podemos vivir con tranquilidad.

--¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró Selima, y semejante á un tímido cervatillo principió á correr con velocidad.

Las nubes habian tomado un incremento extraordinario, y por la parte del norte se dejaban ya ver algunos relámpagos seguidos de truenos que se aumentaban por instantes, y que auguraban una horribora tempestad. Ahmar derrotado por su contrario, llevaba una herida en el pecho que pensaba ocultar á su querida, pero la noche, el cansancio y las diversas sensaciones que agitaban su espíritu la habian enconado en tal manera, que ya le era imposible el caminar.

--Animo, vida mia, gritaba Selima queriendo consolar á su esposo: salvemos este monte y podremos ocultarnos en el bosque.

--¡Imposible! y se dejó caer en el suelo. Selima se acercó á él y lanzó un grito de dolor: ¡está he-

rido!! ¡Dios mío!! y cerró la herida con sus manos y la apretó fuertemente con sus vestidos.

--Selima, exclamó Ahmar que habia vuelto en calor con el cuidado de su esposa, cumple tu juramento: cuando yo haya muerto, vierte una lágrima sobre mi tumba.

--¡Qué horror! dijo llorando la desconsolada mora; háblame de tu amor; por Dios de tu amor.

--No pronuncies esa palabra, bien mío, no la pronuncies por tu vida... ¡Oh!... es horroroso morir con tanto amor, con tantas ilusiones... morir y dejarte abandonada á ése rival.

--¡Alá!! exclamó Selima, queriendo ocultar el llanto..., yo te juro que lo aborrezco y que jamas podrá gozarse en mis caricias... Tal vez nos uniremos pronto en el eden.

--No: no, gritó Ahmar, vive y sé feliz, yo te lo digo: y levantando un poco la cabeza miró el campo y dijo á su esposa: qué son, bien mío, esas luces que vagan por el valle, y que se aproximan hácia aquí.

--Nada, nada contra nosotros, contestó Selima, por no affligir á su esposo. --Las luces eran de los satélites del tirano que los buscaban.

--No llores, no llores por mí, vida mia, que ya no pueden gozarse en mis tormentos... los hombres no mandan sobre la tumba.

--¡Esposo!!
--A Dios... á Dios... y Se-

lima se abrazó con él por recoger su último aliento... Ahmar abrió los moribundos ojos, miró á su esposa, quiso pronunciar una palabra y espiró.

Una horrible bocanada de viento recogió el último suspiro de Ahmar, y el eco lo repitió en las rocas y en el valle.

III.

Dos horas apenas habrian pasado desde que Selima estaba en poder de Ibnabala cuando este se presentó á visitarla, levantó la hermosa mora la cabeza que tenia reclinada sobre la mano, conoció al despota, y lanzó un ay de desesperacion.

--Temblais Selima? la preguntó el tirano, temblais de verme así?

--Temblar decís? no; jamas he temblado, jamas: qué queréis de mí; ¿pensais asesinarme como á Ahmar?

--¿Ae inaros? no; imposible, Selima; imposible que perezca la amante que yo adoro, vengo á salvaros, á daros una corona.

--¡Infeliz! de qué sirve la corona sin la vida de mi esposo.

--Mi amor...

--Yo lo detesto, tirano... ¡vuestro amor! y os atreveis á proponerme, osais hablar á Selima de esa pasion infernal... primero morir.

--¡Oh! soy un rey, y vos mi esclava, Selima: debéis obedecerme,

--Tirano: dijo Selima con voz magestuosa: si dais un solo paso hacia mí, pronto dejaré de existir; y dirigió una mirada á la ventana como si quisiera medir la altura de la torre.

--No, no, gritó Ibnabala con aire de triunfo: las cerraduras de la ventana impiden que salteis, habeis de ser mia aunque el profeta mismo os protegiera.

--Imposible, exclamó Selima, y arrancó un puñal del cinto del tirano, y se lo quiso clavar en el corazon.

--Deteneos ¡oh! deteneos: y es posible que elijais mas bien la muerte que mi amor.... ¡oh! por piedad.

--La muerte, sí: la muerte será un bien para mí porque me unirá con mi amado.

--Lo nombrais en mi presencia, y lo nombrais para anteponerlo á mi persona.

--Los tiranos no mandan en la voluntad, Ibnabala.

--Temblad por mi vida.

--¡Qué! ¿podeis matarme? yo os conjuro en nombre del profeta que lo hagais: si debo vivir á vuestro lado, la muerte es menor martirio para mí.

--La muerte, repitió el tirano. ¡Oh! sí.... ¿vos sabeis el género de muerte que os reservo? es horroroso....

--Nada importa, no os vea jamas, y dadme la muerte que querais.

--¡No verme jamas!! pues bien....

y dió una voz, y se llenó de esclavos el salon.== Todavía es tiempo, Selima: todavia os podeis salvar, dijo el rey con voz compasiva.

--¡La muerte! ¡la muerte! ó no veros jamas, exclamó la mora. Los esclavos se apoderaron de ella y la arrastraron fuera del salon.

Un debil rayo de la luna introducido por las hendiduras del torreón hirió ligeramente la frente lívida de Selima que pronunciaba el nombre de su amado.

IV.

Dos dias hacía solo que Ibnabala primer rey moro de Aragon se había apoderado de Daroca, y ya la ciudad y los pueblos todos de la comarca estaban horrorizados sobremanera.

Allá en la soledad de la noche, cuando la naturaleza toda yacía en un profundo silencio, semejante al silencio del sepulcro, en uno de los torreones del castillo, segun algunos, y debajo de tierra segun otros, se oyeran unos ayes lastimeros y aciagos quegidos, iguales tal vez á los que daría desde lo profundo de un gótico panteon una persona á quien hubieran sepultado viviendo. Mil y mil siniestros sucesos auguraba la gente por do quier; desde luego una horrorosa tempestad había asolado los sembrados: en una nube de fuego, semejante á la divina manga del profeta, sentada como en el trono de Alá se vió, segun muchos

dijeron, una figura horrorosa que dió cien y cien vueltas por la ciudad y se quedó estática sobre el castillo: en las noches siguientes dicen también que se vió correr con planta leve por las almenas del torreón una figura de mujer con un fanal en la mano de livida luz.

Unos dicen que era el espíritu de Selima, y otros que era la misma Selima que yaciera encantada. Lo cierto es que aquellas lúgubres voces solo se oyeron por ocho días, disminuyéndose mas y mas en cada instante: desde entonces ya no se

han oído jamas, y los pueblos todos perdieron su temor.

La historia ha callado este suceso importante, pero la tradición que es también el eco de las generaciones pasadas lo ha conservado intacto hasta nosotros.

En nuestros días hemos visto los muchachos correr azorados al oír repetido por el eco el nombre de *la mora encantada* que pronunciarán los mismos al pie del ruinoso torreón.

R. B.

POESÍA.

MI PATRIA.

Yo fui feliz un tiempo en otro suelo
Suelo de venturanza y de placer,
Y soñaba en delirios de consuelo
Y en el mágico amor de una mujer.

Y soñaba en praderas misteriosas
Cubiertas de azucenas y alhelí,
Y revolaban lindas mariposas
Con sus alas de plata y de rubí.

Y murmuraban límpidas las fuentes
veladas de laureles inmortales,
Y cruzaban arroyos transparentes
Rodando entre verdura sus cristales.

Y se vieran mil pájaros hermosos
Con las plumas de vívido color
Que entonaban en cantos armoniosos
Las seductoras trovas de mi amor

Y el río y la pradera engalanaba

Apacible cual nunca el nuevo sol,

Y la tímida flor tornasolaba

Con su puro y suavísimo arrebol.

Yo era inocente y puro como es pura

En el abril el aura matinal,

Como el primer acento de ternura

Y la sonrisa en labio virginal.

Y de arroyos y flores presumía

El espinoso campo del vivir,

Y solo venturanzas entrevia

Al través del confuso porvenir.

Al través de ese velo que rasgaron

Los sueños de mi pura juventud;

Y divisé los pueblos que amagaron

Derrocar la ominosa esclavitud.

Y canté de esos pueblos la victoria,

Canté la sacrosanta libertad

Gravada en los anales de la historia

Que guarda la terrible eternidad.

¡Oh! cómo el alma gozaba

Y gozaban los sentidos

Sin cesar

Cuando en un tiempo miraba

Los objetos mas queridos

De mi hogar.

Cuando ledo recorría

En las mañanas serenas

Del abril

La ribera y pradería,

Y las florestas amenas

Del pensil.

Y tal vez una muger

De sonrisa encantadora

Y virginal,

Me esperaba con placer,

Y era su voz seductora

Y celestial.

Y cuando llamaba á orar

Una lúgubre campana

Que se oía,

Entre rosas y azahar,

Y entre follages de grana

La veía.

Y era dulce en su presencia

Buscar lirios, azucenas

Y laurel,

Y perdiera la existencia

Por las mañanas serenas

Del vergel:

Por ver las esbeltas cañas

Que los vientos orientales

Las cimbraban

Formar figuras extrañas

En los límpidos cristales

Que besaban:

Y tornaban á subir

Formando un ruido sonoro

Que se oía

Como el oculto plañir

Del guardian de algun tesoro	Sin amar,
Que perdía.	Que el insecto nunca llega
Y aquellas perlas divinas	El nectar de sus corolas
Que en la pradera brillaban	A libar.
Entre flores,	Pero al menos en el suelo
Y las rosas purpurinas	Nada de bello han perdido
Que por do quier exhalaban	Que tuvieran,
Sus olores.	Y si aqui no hallan consuelo
Y la planta desgraciada	Ni jamas lo han conocido
A quien no regaló aroma	Ni lo esperan.
La natura,	Y no es pequeño tormento
Su corola engalanada	Esperar la venturanza
Entre las otras asoma	Que nos huye:
Con tristura:	Pasa uno y otro momento
Que tambien hay en la tierra	Y en la tumba la esperanza
Flores que arrastran la vida	Se concluye.
De dolor	Tambien mis dichas pasaron
Porque su caliz no encierra	Y las gratas ilusiones
Ni la esencia apetecida,	De mi amor,
Ni el color.	Y en el ánima dejaron
Y vejetan en la vega	Las terribles sensaciones
Abandonadas y solas	Del dolor.

Rotos son ya en el mar de la esperanza
 Los lazos de la dicha para mí:
 Lejos de aqui los sueños de bonanza,
 Yo mi amparo en la tumba conocí.
 Lejos de mí quimeras de ventura
 Que ocultais los abrojes del vivir,
 Que cubristeis mi frente tierna y pura
 Con la horrosa imagen del sufrir.
 ¡Oh! si jamas el alma os conociera,
 Si jamas os amara con pasión,
 Ni lamentara yo mi suerte fiera,
 Ni padeciera así mi corazón.
 Hora infeliz me arrastro en esta vida,
 Yo que el mundo y sus formas adoré,
 Yo que en una ventura aunque mentida
 En tiempos mas felices me estasié,
 Y vivo en tierra estraña y engañosa
 Sin padres, sin amigos, sin hogar,

Sin la muger amable y cariñosa
 De dulce y melancólico mirar;
 Sin encontrarla ya cándida y pura
 En el prado de lirios y jazmin,
 Sin un acento solo de tierra a
 De la noche en el pálido confín.
 Oh! si al finar mi lúgubre carrera
 Sonase la campana del vergel,
 Si mi postrer aliento recogiera
 La misteriosa virgen que hubo en él.
 Mi espíritu gozara todavía
 Fingiendo las mentiras del placer
 Y confiado y ledo arrastraría
 Las horrorosas sombras del no ser.

R. B.

BIOGRAFIA ARAGONESA.

GERONIMO DE BLANCAS.

Sumida en la mayor oscuridad yaría por decirlo así la historia de Aragón á mediados del siglo diez y seis cuando dos hombres célebres casi contemporáneos, los dos aragoneses, y los dos de Zaragoza, tomaron sobre sus hombros la dificultísima empresa de escribirla.

Uno de estos dos se llamaba Gerónimo de Blancas.

Su cuarto abuelo Martin Martinez de Gombalde principió á usar de este honroso apellido por haber vencido con armas blancas el año 1390 al alcáide de un castillo entre Logroño y Calahorra que se defendía con armas negras. Esta fortaleza la entregó despues el de Gombalde al rey don Carlos el noble de Navar-

ra. Legó este apellido á su posteridad, segun costumbre de aquellos tiempos, y blasonó desde entonces en rojo de un castillo de plata con dos combatientes á la puerta, el uno vestido de armas negras, y el otro de armas blancas, inscribiendo en su orla de plata los siguientes caracteres: *Con armas blancas.*

Ni en las bibliotecas de hombres célebres, ni en cuantos autores hemos leído que hablan de este cronista se halla determinada la época de su nacimiento, pero de ninguno lo estrañamos tanto como de nuestro erudito D. Felix Latasa que siendo tambien aragonés parece debia interesarse por muchas causas en su reputacion. Sin duda motivaron este descuido, ó bien el no querer registrar los archivos necesarios, ó bien el saber que el nacimiento de Blancas databa en una época zeterior al Consejo de Trento, en que por una criminal omi-

sion, y mas bien por no haber un mandato espreso, apenas habia algun párroco curioso que tuviese la lista de los bautizados.

Nosotros, sin que nos arredrasen estas dificultades, y sin que pretendamos que esto sea un mérito, hemos escudriñado algunos archivos parroquiales de esta ciudad, y por fin en el de la iglesia del Pilar hemos encontrado su partida de bautismo, y en ella que nació el día 22 de Febrero del año 1543. Fue hijo de Martin Blancas, ciudadano y notario del número de Zaragoza, y de Doña Catalina Tomas de una familia distinguida.

Estudió con el maestro Nuñez, célebre profesor de letras humanas y de filosofía en la universidad de Zaragoza y Valencia, cuya pureza y elegancia latina parece que se le hizo propia, como despues la erudición mas selecta en la historia, en la antigüedad y en la bella literatura. Tambien fue discípulo al parecer del maestro Jacobo Espés Arambrigense á quien protesta del modo mas sincero su agradecimiento en la carta á D. Garcia de Loaisa fecha en Zaragoza en las calendas de Setiembre del año 1588 al tiempo de publicar sus comentarios con los que está impresa tambien.

En su juventud siguió los honorables destinos de su padre siendo sus estudios tan acreditados que en el año 1576 los diputados del reino cometieron á su censura la segunda parte de los anales del insigne Zurita, y en su muerte le nom-

braron por su sucesor en el oficio de cronista el año 1581, en cuya época habia escrito ya los Fastos de los justicias de Aragon desde Pedro Gimenez que fue el primero hasta el último D. Juan de Lanuza IV. El mismo hace mención de esta obra en una carta que escribió á D. Antonio Agustin, fecha en el 24 de Marzo de aquel año.

Habia casado con Doña Margarita Malo, dama aragonesa de esclarecido linage, pero asi antes como despues de este enlace se dedicó abiertamente al estudio de la historia en utilidad de su patria, despues de desempeñar las obligaciones de su familia y los cargos de su profesion. El fue el primero que con D. Antonio Agustin descubrió las mentiras de los falsos cronicones que se forjaron en Castilla, y cuyos fragmentos principiaron á esparcirse desde el año 1580, segun dice D. José Pellicer en su carta á D. Luis de Toledo publicada por Mayans.

Escudriñó con escrupulosidad los archivos y librerías reales ó particulares que dentro ó fuera del reino pudieran interesar á los asuntos de Aragon, y tanto en lo que escribió por mandado de la diputacion como en lo que por sola la utilidad de su patria ó de algun particular, consiguió aclarar y encontrar innumerables sucesos que al mismo Zurita se le pasaron por alto. Gerónimo de Blancas compuso casi todas sus obras en los nueve ó diez años últimos de su vida que sou-

en los que desempeñó el honroso cargo de cronista, así es que en el año 1593 escribió las *Coronaciones de los serenísimos reyes y reinas de Aragon* con las juras de los mismos reyes y de los príncipes primogénitos: el manuscrito original de esta obra según dice el cronista Andrés que la publicó, se debe á la estudiosa generosidad de D. Jaime Azuarez.

Por el año 1585 escribió el *Modo de proceder en córtes de Aragon* y en el mismo año, *El sumario y resumario de las celebradas en dicho reino por sus serenísimos reyes* cuya obra inedita parece fue escrita por mandado de la diputación que le dió 320 escudos por su trabajo, según consta de un recibo original de letra del mismo Blancas, que está afianzado con obla en la pág. 115 del manuscrito primitivo. Ignoramos en qué época escribiría las *Inscripciones latinas á los retratos de los reyes de Sobrarbe, condes antiguos y reyes de Aragon* impreso en Zaragoza por Simón de Portouariis el año 1587 en un tomo en 4.^o

Nos ha llamado también la atención entre sus muchísimas obras un curioso discurso manuscrito que cita D. Félix Latassa, y que se halla entre los papeles de las córtes de Tarazona de 1592 copiado en un tomo en folio desde la pág. 636: allí prueba que *el servicio que los aragoneses han hecho á sus reyes ha sido sempre en córtes, y fenecidas estas, y no de otra manera,*

y esto con mil protestas de que era voluntario, y que no debe dar ni traer otra vez en consecuencia. Se da también en este discurso una memoria de los servicios que se han hecho en todos tiempos. Pero entre todas sus obras que fuera difícilísimo citar ninguna hay superior á los *Comentarios de las cosas de Aragon* que escribió en latin antes del año 1584, y se publicó por Lorenzo y Diego de Rodas hermanos en el 1599; porque esta sola era sobrada á adquirirle la esclarecida fama que disfruta.

Geronimo de Blancas murió sin sucesion alguna al lado de su esposa en la noche del 11 de Diciembre de 1590 como lo certificó el Dr. D. Bartolomé de Morlanes capellan real del Pilar. Por no haber dejado hijos instituyó en heredero á su sobrino el Dr. D. Martin Miravete de Blancas, abogado fiscal de S. M. varon de singular doctrina que fue carmelita descalzo, y murió en el convento de S. José de Zaragoza.

Yace nuestro Blancas en el claustro interior del monasterio de Sta. Engracia de esta ciudad frente á la capilla de nuestra señora del Pilar, según dice el P. Marton en la historia de esta casa cent. 18 cap. 11 pág. 730 col. 2: advirtiendo que allí existe en el lado del norte una sepultura de los Blancas, cubierta de una losa y armas de piedra negra, y que el sepulcro del cronista corresponde al arco de la derecha mas próximo á la refe-

rida capilla, la cual en la renovación de dicho claustro la mandaron al sitio donde está.

Este claustro y capilla se destruyó con los demas del edificio el año 1808 en el sitio que sufrió la ciudad, y en el 1837 se encontró la losa de alabastro que cubria la sepultura de Blancas, y con otros monumentos artísticos del mismo monasterio se trasladó á los claustros del estinguido colegio de S. Pedro Nolasco donde se conserva en el dia.

Alaban la memoria de este cronista innumerables escritores nacionales y extranjeros; por lo tanto solo diremos que si Zurita por su erudicion, entereza y sumo juicio pudo grangearse con sus anales la gloria inmortal que hoy goza en todas las naciones del mundo, nuestro Gerónimo de Blancas con la grandeza de su talento, con su erudicion extraordinaria y con la elegancia latina de sus comentarios que puede competir con la de los mas insignes de su tiempo, se ha adquirido tambien una reputacion nada inferior.

R. B.

FLORESTA.

Sabemos que vá á ponerse en es-

cena á beneficio del acreditado artista D. Francisco Aranda un drama titulado el *Capitan Azul* traducido del frances por el literato sevillano D. Antonio de Ojeda.

Si no mienten las noticias que de esta produccion se nos han dado, creemos que el público zaragozano tendrá un placer en admirar los talentos del hermano de aquel que tan justos aplausos le ha merecido. Tambien se nos ha asegurado que la empresa deseosa de que nada falte al lucimiento de la funcion, ha dispuesto que el beneficiado nos dé la última prueba, por ahora, de sus conocimientos artísticos, pintando una decoracion que representa el interior de un buque.

Tenemos la satisfaccion de anunciar á los que se interesan en la pronta formacion del Liceo, que el dia 29 del actual se reunirán en junta los Sres. que hasta ahora se han suscrito.

La pieza dramática que debiera darse á los Sres. Suscritores con el número de hoy, se entregará con el siguiente.